



## NOTAS PARA LA HISTORIA

### Obituario. El Dr. Armando Márquez Reverón. Ejemplo de humanidad integral

Dr. Rubén Jaén Centeno

No es fácil hablar en estas tristes circunstancias, de Armando, mi querido amigo y médico. En un artículo reciente que escribí como un pequeño homenaje a su memoria, destacué su valor como profesional reconocido dentro y fuera del país. Hoy, en unas cortas palabras, me referiré al aspecto humano de su trayectoria, tan importante y ejemplar como todas sus realizaciones científicas.

Durante mi vida profesional he podido observar las formas de trabajo en diversos centros mundiales y reconozco que los sajones y los japoneses me han impresionado por su tenacidad y dedicación pero, en la inmensa mayoría de los casos, siempre había en ellos una motivación económica, de hacer avanzar un programa o de cumplir con un deber, tal como les habían inculcado desde la infancia con una férrea disciplina. El caso de Armando fue distinto: lo guiaba un inmenso deseo de ayudar, de no dejar a sus semejantes en el desamparo y si, para ello, era necesario romper con los moldes tan laxos de un país latino, lo hacía sin la menor queja. Como vecino de su consultorio fui testigo de sus interminables horas de consulta que, con frecuencia se extendían hasta la madrugada, siempre con la colaboración extraordinaria, durante muy largos años, de su personal de secretarías y enfermeras, que nunca dejaron de demostrar su excepcional dedicación y cariño hacia su generoso jefe. Durante todo ese tiempo se podía oír su voz inconfundible que explicaba y consolaba sin la menor impaciencia. No era raro que de allí saliera a intervenir un caso urgente y, como bien saben los anesthesiólogos y cirujanos asistentes que le prestaron colaboración, a la mañana siguiente hacía su aparición en el quirófano, siempre puntual y con ánimo inalterable. Por supuesto que de esa actividad constante, acompañada por su espíritu docente, surgieron muchos discípulos directos e indirectos.

Es de todos conocido que, hace unos años, Armando presentó un cuadro de obstrucción biliar, tan extraño que el diagnóstico final favorable tuvo que ser hecho en la mesa operatoria. Las lesiones radiográficas eran tan graves, que sus amigos no teníamos esperanzas pero pudo recuperarse porque, contra todos los pronósticos, no había malignidad. Todos pensamos que, después de esa terrible experiencia, disminuiría su ritmo de trabajo, pero estábamos equivocados. A pesar de la magnitud de la intervención, volvió a los lugares donde se sentía mejor: su consultorio y los pabellones de cirugía.

Durante los últimos años —y con base en ese incidente— hablamos de nuestro retiro, algo que yo decidí hacer antes de que el tiempo y la enfermedad me restaran facultades físicas, pero que él se negó siempre a considerar. Su respuesta fue siempre igual: “toda mi vida gira alrededor de mis pacientes y de su tratamiento. Si me retiro, me moriré de tristeza. Así que trabajaré hasta que las fuerzas me abandonen”.

A pesar de que surgieron nuevas dolencias, siempre buscaba el tratamiento adecuado, se sobreponía al dolor y a las molestias y volvía a sus quirófanos en un tiempo increíble. Esa misma entereza y valor los mantuvo en su última y larga enfermedad. Durante toda su carrera, con independencia de problemas de salud o de otro orden, hizo gala de una extraordinaria disciplina, nada común en nuestro medio, y jamás permitió que el cansancio o la pereza interfirieran con la calidad de su ejercicio profesional. Por eso sus numerosas historias son un modelo de claridad y eficiencia; preparadas para servir de guía segura a otros colegas cuando él ya no estuviera con nosotros.

Tuvo también el coraje y la sabiduría de evolucionar y de saber aplicar los progresos de la ciencia quirúrgica. Por ejemplo, aprendió las nuevas técnicas de cirugía laparoscópica y se sobrepuso a la desconfianza visceral que tenemos los cirujanos a los campos estrechos, no tanto por la incomodidad para accionar, sino por el peligro de ejecutar una maniobra en un sector sin claridad suficiente y lesionar partes vitales, algo que, como sabemos, ha sucedido y continúa pasando en este tipo de tratamiento donde

Dirección: Dr. Rubén Jaén Centeno.  
Centro Médico de Caracas. Edif. Anexo A, cons 277. San Bernardino. Caracas.  
e-mail: tandala@cantv.net

Centro Médico 2006;51(1-2):49-50

---

la llamada curva de aprendizaje es algo que puede causar grandes males a los enfermos y destruir las reputaciones mejor cimentadas. No tuve oportunidad de usar estos métodos pero, al imaginar las dificultades de su aplicación, debo reconocer que éste fue un esfuerzo fuera de lo común y que demostró su inteligencia y capacidad de lucha.

Quizás por lo mucho que ya he vivido y por mi observación del comportamiento de mis semejantes, se ha acentuado mi escepticismo, ya agravado por mis conversaciones con algunos astronautas que estuvieron en la Luna y me confiaron lo infinitamente pequeños que se sintieron cuando vieron a la ínfima Tierra e imaginaron a sus microscópicos habitantes luchando en guerras absurdas por fronteras, banderas y doctrinas sin ningún valor real. Pero lo que si es cierto es que, ya que están en este planeta, los seres humanos tienen que ayudarse para poder sobrevivir

y en ese sentido, sin la menor duda, nuestra colectividad, agrupada en este país que vive momentos tan aciagos, tiene una deuda inmensa con Armando Márquez Reverón, deuda que para el Centro Médico de Caracas, es muy importante porque le dio prestigio a nuestra institución, desempeñó con éxito su presidencia y su personalidad fue y será ejemplo y guía para todos, no sólo por su desempeño profesional sino por su vida familiar donde siempre contó con la ayuda y solidaridad de su esposa Helena y sus hijos.

Cuando observamos el comportamiento bárbaro, dentro y fuera de Venezuela, de muchos homínidos, incapaces de pensar, es imposible no dudar del objeto de la creación del hombre. Por fortuna, personas como Armando Márquez Reverón mantienen aún viva la esperanza en las posibilidades de la raza humana.



Dr. Armando Márquez Reverón